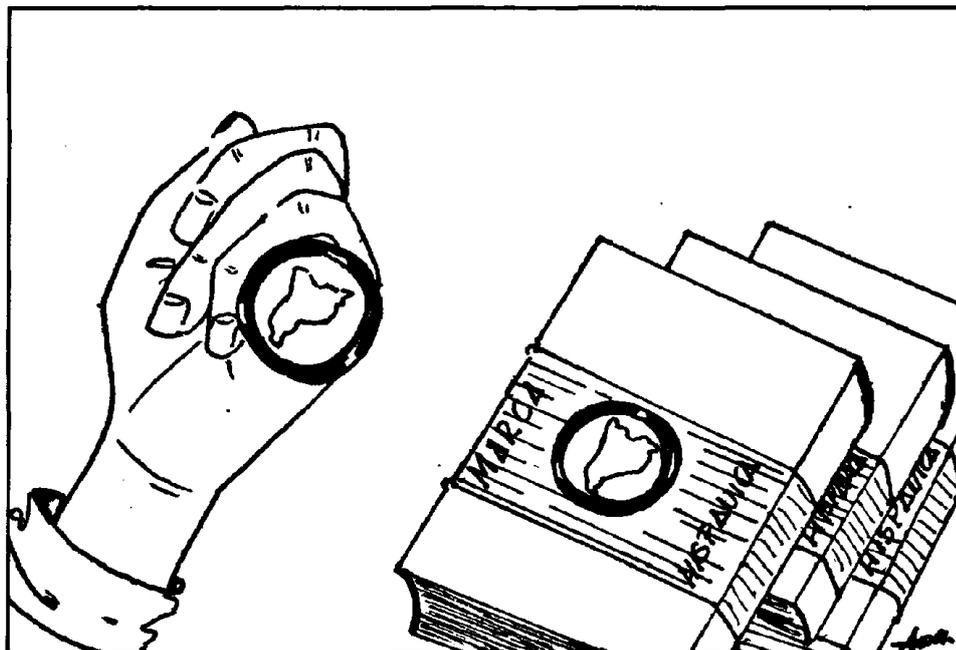


UNA MARCA HISPANICA MILENARIA

Los hechos catalanes se vislumbran en la historia hacia 987-988, si bien Wilfredo el Velloso había sido reconocido conde de Barcelona en 871. Fue Borrell II el que se proclamó “duque ibérico” enfrentándose abiertamente a la “protección francesa” ante la invasión musulmana, en marzo de 988. Lo que no la separaba de Europa cultural y económicamente. Así, hasta hoy, mil años después.



Estos mil años de Cataluña ofrecen otras mil buenas razones para repasar la cuestión catalana, una de las más desconocidas y falseadas entre las que son *de estado* en nuestro país. Como en tantas otras, que desfiguraba la catalanidad y violenta su verdad histórica y su realidad presente. Por un lado, se la identifica gratuitamente con separatismos y otras actitudes antiespañolas, mientras por el otro extremo, igualmente lamentable, se culpabiliza a la cultura española de los desmanes perpetrados en el pasado contra su lengua y otras señas de identidad. Ambas visiones, tópicas y simples, son, a la vez, torpes y atrofiadas, y, oscuramente alentadas por corrientes ideológicas autoritarias de todo signo.

Para empezar, Cataluña es algo histórica y culturalmente más rico y complejo. Tanto que se ha dicho que el catalán es, tal vez, el concentrado histórico más genuino de Occidente. Y por lo que atañe a su identidad, propia y española a un tiempo, repasemos algunos testimonios.

Recordemos, por ejemplo, al poeta J. Maragall, catalán y catalanista, en respuesta a quienes atribuían a Cataluña el rechazo de lo español, gritaba sin ambigüedades en 1908: “¿Españoles? ¡Sí! Más que vosotros”.

Cataluña ha sido para Europa su primer y mejor paso a España, y parte inseparable de ella. Bautizada por los europeos como la *Marca Hispánica*, su nombre aparece por primera vez en 1176, en un poema de Clerecía, el *Carmen Laurentii Veronesi*. Desde los albores medievales que definieron los componentes de los Estados mo-

• Al fin y al cabo, los catalanes, desde su hecho diferencial, vienen mil años demostrando que no quieren nada que no quieran para los demás pueblos españoles.



demos, Cataluña se ha proyectado como parte de España. Cuando el apogeo de la Monarquía navarra convirtió a Sancho III en imperator, el abad Oliva — figura legendaria de la *Catalunya* histórica — no dudó en dirigirse a él dándole el significativo tratamiento de *Rex Ibericus*.

El militar Manuel Ferrer, por su parte, se lamenta ante el Parlamento catalán de su época, que las libertades de Castilla se hubieran abolido en 1520. No fue Castilla la que doblégó a Cataluña sino la Casa de Austria, y más especialmente, con posterioridad, un nieto del rey de Francia. “Luchamos por nosotros y por la nación española”, exclamó el general catalán Antonio Villarroya, jefe de la Defensa de Barcelona frente a las tropas francocastellanas del duque de Berwick. Y ya en el siglo XX, Prat de la Riba, padre del nacionalismo catalán moderno, propuso una Cataluña regenerada desde Lisboa al Ródano dentro de un sólo Estado español expansionado.

Cataluña creó la peseta española, la antigua *pieceta*, la *piececilla* catalana, y la que implantó el proteccionismo económico en el s. XIX frente a la arrolladora colonización industrial exterior. También “prestó” Cataluña a España los colores de su bandera, oro y sangre. Cataluña no ha dudado en defender su territorialidad hispánica, con las armas desde los tiempos de Wilfredo el Velloso (S. IX), que frenó a Carlomagno, hasta los más recientes de la invasión napoleónica, cuyos ejércitos fueron derrotados en el Bruch (1808).

La autonomía natural de los catalanes ha ido obviamente muy por delante de las

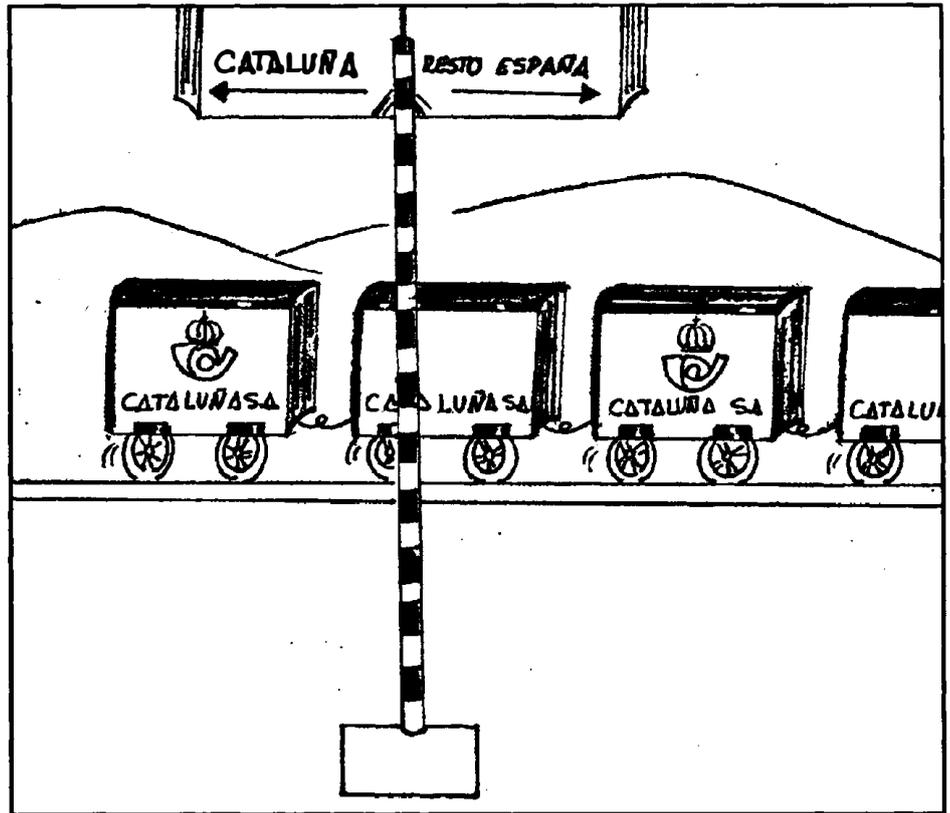
transformaciones administrativas del nuevo Estado de las Autonomías, demostrando que también en lo económico ha permitido que Cataluña esté en la vanguardia del país. Por esto, no tiene nada de particular que mientras el resto de España entrara en crisis y en declive durante los siglos XVIII y XIX, Cataluña tuviera por su cuenta un esplendoroso renacimiento cultural (*Reinaixensa*) que preludió su posterior auge material y social.

Estas raíces históricas y las trayectorias posteriores de Cataluña, de cuyos troncos surge el frondoso vergel de su cultura, aún llenas de paradojas de cada época, enmudecen cualquier visión sesgada y aislacionista de la identidad de este pueblo. Como dijo Sánchez Albornoz, desde la prehistoria, Cataluña ha sido punto de cita de todos los pueblos y culturas de España. Ella misma es *crisol de varias civilizaciones*, como expresión insuperable de una síntesis permanente siempre proyectada hacia delante, con unas señas de identidad culturales muy específicas.

Cataluña es culturalmente nacionalista pero políticamente no es separatista. Léase a Pi y Margall y a Almirall por la izquierda, a Torras y Bages y a Prat de la Riba por la derecha. Se trata, en definitiva, de un sentimiento cultural diferenciado y basado en su propia lengua, sin merma de interdependencia y de agregación con los otros españoles para superar este inmovilismo caduco y uniformista constantemente presente en el modelo de estado nacional autocrático.

La imagen de una Cataluña históricamente enajenada de España se confunde tercaamente con los abusos político-militares de algunos Gobiernos centralistas, sin hacer con justicia un pasado más rico y compartido por Cataluña con otros pueblos españoles. El historiador Carlos Seco Serrano ha escrito: "Desprender la cultura, la sociedad y la economía catalana de la gran realidad española en que aquella se ha integrado siempre, no tiene sentido". La potenciación de la catalanidad en el conjunto de la españolidad puede tener el alcance que impregna la gran consigna de Cambó: "Cataluña libre en la España grande".

Más allá, por tanto, de la historia política de Cataluña, en la que no han faltado turbulencias y zozobras, esta tierra ha mantenido el tipo, dando una lección de concordia y entendimiento, entre otras razones, porque sus gentes han captado en todas las épocas, mejor que los gobernantes de turno, que la unión hace la fuerza, que todos nos necesitamos, actuando en definitiva con un pragmatismo colectivo admirable. Cataluña es, lo está demostrando una vez más, el equilibrio, la medida. Pero no solo en la política y en los negocios, sino también en las artes, en la educación, en las



costumbres, en la vida cotidiana. El *seny* catalán, ahomado de moderación y audacia, templanza y astucia, suavidad y firmeza, se ha puesto también a prueba en los momentos más críticos de su pasado. Los catalanes han reafirmado sus rasgos diferenciales enfrentándose pero pacíficamente a burócratas y cortesanos de todas las épocas que imponían una España monolítica con la fuerza del poder central y de los absolutismos de cada época.

Siempre se ha dicho, y con razón, que Cataluña era Europa y que su nivel de vida

y cultura se homologaban a los europeos. De cara a nuestra progresiva y plena integración en la Europa libre y avanzada, Cataluña tiene ante sí el gran reto de defender sus intereses y los del resto de España. Su historia pasada y reciente, y no sólo sus estructuras económicas ya conocidas, la han colocado en una posición privilegiada y trascendente. Y si en la transición política, Cataluña dio una gran lección de realismo y solidaridad, ahora en la transición cultural y económica está llamada a ser la embajadora y adelantada de España, *nuestra mejor "Marca"*, que es el título que la Historia con mayúsculas dio a esta tierra. ¿Qué son esas continuas provocaciones verbales entre catalanistas y españolistas de vía estrecha ante estos mil años de Cataluña? ¿Acaso pueden sostenerse tan absurdos como gratuitos contenciosos localistas ante cuestiones tan vitales para los españoles como nuestra incorporación a Europa y a las estructuras políticas internacionales?

Cataluña está haciendo también ahora un gran esfuerzo para soportar la crisis y reconversión económica de todo el Estado. En este momento, más que nunca, su contribución a la modernización y desarrollo español debe ser decisiva. Los españoles no catalanes debemos apoyar a Cataluña sin condiciones, sin recelos, sin miedos. Es preciso enterrar los viejos tópicos y fantasmas. Al fin y al cabo, los catalanes, desde su hecho diferencial, vienen mil años demostrando *que no quieren nada que no quieran para los demás pueblos españoles*.



• **Barcelona sigue siendo el primer centro editorial del país**